

Terenci Moix



Besaré tu cadáver

Edición de Ana María Moix
Prólogo de Pere Gimferrer

Carla apenas tuvo tiempo de gritar. La hoja del cuchillo se hundió en su vientre mientras ella intentaba desprenderse del cuerpo que la estrechaba. Sintió que el acero penetraba otras tres veces en su carne hasta que logró zafarse del abrazo mortal. Retrocedió. Fue a dar contra la pared y luego, al caer sobre el charco de su propia sangre, quedó mirando con fijeza a la sombra que, frente a ella, sonreía misteriosamente.

Sus ojos se fijaron en la elevada estatura envuelta en la oscuridad. Pensó en Horst. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, seguían traspasando la oscuridad de la habitación. Repentinamente, la negrura fue haciéndose más intensa hasta que la nada lo dominó todo.

La sombra se vistió. Llevaba guantes de goma que no se quitaba. Comenzaba a recuperarse de la emoción de su acto y hasta de todas las emociones que la habían precedido. Recorrió con la mirada la alcoba destinada a la primera noche de amor y siguió sonriendo, placenteramente ahora.

Se arrodilló junto al cadáver. Lloró mientras colocaba el cuchillo sobre el blanco cuello, caliente aún. La hoja lo atravesó horizontalmente, impregnándose otra vez de sangre. Fatigosamente logró cortar la cabeza. A continuación, hizo lo mismo con las manos.

La miraba absorto en la contemplación de la mueca horrible que ella ostentaba desde más allá de la reciente muerte. El cuerpo mutilado yacía a sus pies. El vaporoso salto de cama dejaba al descubierto los miembros estilizados de la mujer.

Llevó la cabeza a sus labios y la besó. Rió luego abiertamente. Mañana, a ser posible, intentaría no recordar nada.

Su mirar recorrió de nuevo la alcoba lujosa. Las flores se acumulaban junto a las últimas felicitaciones recibidas. Brotaba de cada una de ellas un sabor inconfundible a muerte. Sobre la mesilla de noche destacaban algunas tarjetas y un reloj.

Cuidadosamente, depositó el cuchillo en el suelo y desplegó un gran trozo de papel. Envolvió la cabeza, que no sangraba ya. Luego salió de la habitación.

Anduvo precipitadamente por calles y plazas que se perdían en la indiferencia. Brotaban a cada instante nuevas casas, nuevas luces dominando la medianoche romana. Llegó junto al Tíber. Por los muelles, aterradoramente desiertos, no circulaba nadie. El mundo quedaba lejos, perdido entre las luces de la gran ciudad.

Contempló su reflejo en las aguas. Era el de un ser excitado por un gran goce que, de súbito, se compren-

de vacío. Depositó el macabro paquete en el suelo y arrojó sus guantes al río. Al caer, el peso rompió el quieto espejo de las aguas, formando pequeños torbellinos que destruyeron la imagen que en ellos se reflejaba.

Recogió el paquete y, con una repentina conciencia de sí mismo, sonrió a los gatos callejeros.